

ALEAGUARA

Erica Jong

No más miedo

Narrativa Internacional Traducción de Mariano Peyrou



Erica Jong

No más miedo

Traducción del inglés de Mariano Peyrou

ALEAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para mi mejor amiga para siempre, Gerri
&
L'Ultimo Marito, Ken

Pasan los días y los años se esfuman, y vamos andando ciegos entre los milagros. Señor, trae luz a nuestros ojos e imágenes a nuestra mente. Que haya momentos en que Tu Presencia, como el relámpago, ilumine la oscuridad en la que avanzamos. Ayúdanos a ver, allá donde miremos, que la zarza arde sin consumirse. Y nosotros, barro tocado por Dios, trataremos de alcanzar lo sagrado y exclamaremos con asombro: «¡Todo está lleno de sorpresas y no nos dábamos cuenta!».

Atribuido al *Mishkán Tefilá: un sidur reformista*

Primera parte
OTOÑO

1. Mujer felizmente casada, o ¿hay sexo después de la muerte?

Por lo general, evito la tentación, salvo que no pueda resistirla.

MAE WEST (tomado de Oscar Wilde)

Me encantaba el poder que tenía sobre los hombres. Cuando iba por la calle, mi culo en forma de mandolina oscilaba y se balanceaba y ellos volvían la cabeza para mirarlo. Es extraño que no entendiera del todo este poder hasta que lo perdí o se lo transferí a mi hija; todas las miradas masculinas sobre su núbil cuerpo de veinteañera, como una gran promesa de bebés. Echaba de menos ese poder. Me parecía que las cosas que habían venido a sustituirlo —el matrimonio, la maternidad, la sabiduría de la mujer mayor (*puf*, detesto esa frase)— no valían la pena. ¡Ah, la pena! La pena es lo que permanece, lo que no deja de arder. Meras palabras que no significan nada. Sé que debería hacerme a un lado como una niña buena y vieja y evitarle a mi hija la vergüenza de revelar mis pasiones, pero no puedo, del mismo modo que no puedo morir como corresponde. La vida es pasión. Pero ahora conozco el precio de la pasión, así que es difícil seguir siendo tan despreocupada.

Pero ¿acaso alguna vez fui despreocupada? ¿Acaso alguien lo es? ¿Acaso el amor no es siempre un cigarro de broma que te explota en la cara? ¿No dijo Gypsy Rose Lee: «Dios es amor, pero que te lo ponga por escrito»? ¿Y no dijo Fanny Brice: «El amor es como un truco de cartas: cuando sabes cómo funciona, ya no te hace gracia»? Esas tipas sabían muy bien de lo que hablaban, y ¿se rindieron alguna vez? ¡Jamás!

No pienso contaros —todavía— cuántos años tengo ni cuántas veces me he casado (he decidido que nunca voy a pasar de los cincuenta). Mi marido y yo leemos las necrológicas juntos más veces de las que tenemos relaciones sexuales. Solo voy a decir que, cuando todos los problemas

de mi familia de origen se me vinieron encima y me di cuenta de que mi matrimonio no podía salvarme, llegué a un punto en que estaba tan trastornada que puse el siguiente anuncio en [zipless.com](#)^[1], una página web para encontrar sexo fácil:

Mujer felizmente casada con energía erótica de sobra busca hombre felizmente casado para compartirla. Celebremos a Eros una tarde por semana. Discreción garantizada. Juguetona, bonita, imaginativa, ingeniosa. Envía email y foto reciente. Nueva York y alrededores.

¡Esta mujer sí que estuvo al borde de un ataque de nervios! Era otoño en Nueva York, una época de ligeras neblinas, fiestas judías y cenas benéficas de cinco mil dólares el cubierto para ayudar a quienes padecen enfermedades *chic*. Una época para nuevos principios (Yom Kipur), para comenzar de nuevo (Rosh Hashaná) y para sembrar de cara a un invierno estéril (Sucot). Cuando puse el anuncio, me imaginaba entrevistando tranquilamente a distintos candidatos a amante, como una sofisticada sibarita. Pero, de repente, fui presa del pánico. Empecé a fantasear con todos los perversos, perdedores, carrozas, extorsionadores y maníacos homicidas que atraería un anuncio como ese, y entonces empecé a recibir tantas llamadas de mis padres enfermos y de mi hija embarazada que me olvidé por completo del asunto.

Pasaron unos minutos. Entonces, de pronto, las respuestas empezaron a llegar de la red. Fue como cuando una máquina tragaperras se pone a escupir monedas. Casi me daba miedo mirar, pero, al cabo de un momento, ya no pude resistirlo. Sentí una esperanza parecida a la de que te toque la lotería. En la primera respuesta había una instantánea escaneada de un pene erecto, un espécimen moreno sin circuncidar y con una gotita de rocío guiñando el ojo en la punta. Debajo de la foto, en el borde blanco, decía: «Sin Viagra». El mensaje que acompañaba era bastante conciso:

Me gusta tu estilo. Siempre me han ido las mujeres resueltas. Manda foto desnuda y medidas.

El siguiente comenzaba así:

Querida Buscadora:

A veces pensamos que lo que queremos es carnalidad cuando, en realidad, estamos buscando a Cristo. Descubrimos que, si abrimos nuestros corazones para que Él pueda entrar, podemos obtener toda clase de satisfacciones que nunca habíamos soñado. A lo mejor crees que estás buscando a Eros, pero, en realidad, buscas a Tánatos. En Cristo está la vida eterna. Él es el amante que nunca decepciona, el amigo que es fiel para siempre. Sería un honor conocerte y aconsejarte...

Incluía también un número de teléfono: 1-800-CRISTO-Y-TU.

Tiré todas las respuestas a la papelera virtual, las borré y apagué el ordenador. Debí de volverme loca en el momento en que di mi verdadera dirección. Me engañé pensando que ahí acababa todo. Otra mala idea abortada. Volví a mi vida de casada como una autómatas. Siempre he sido impulsiva, y la gente impulsiva sabe cómo evitar sus impulsos. El sexo era un lío, eso a cualquier edad, pero, a los sesenta—vaya, se me ha escapado—, ya era una broma. A las mujeres no se les permite sentir pasión a los sesenta. Se supone que tenemos que convertirnos en abuelas y retirarnos, que nuestra condición es la de una serena ausencia de sexo. El sexo es para las de veinte, treinta, cuarenta, incluso cincuenta. El sexo a los sesenta es una vergüenza. Incluso si tienes buen aspecto, ya sabes demasiado. Ya conoces todas las cosas que pueden salir mal, todos los inconvenientes a los que te arriesgas, todos los peligros que supone jugar con desconocidos. Sabes que la discreción no es más que una fantasía imposible. ¡Y ahora había dejado mi e-mail en manos de toda la gentuza que hay en internet!

Además, adoro a mi marido y lo último que quisiera es hacerle daño. Siempre he pensado que, al casarme con al-

guien veinte años mayor que yo, me arriesgaba a pasar mis últimos años sin sexo. Pero él me había dado tantas otras cosas... Me había casado con él cuando tenía cuarenta y cinco años y él sesenta y cinco, y había sido estupendo. Me había curado todas las heridas que tenía de los matrimonios anteriores. Había sido un padrastro buenísimo para mi hija. ¿Cómo me atrevía a quejarme porque en mi vida faltaba algo? ¿Cómo me atrevía a poner un anuncio en busca de Eros?

Mis padres se estaban muriendo y yo empezaba a volverme inimaginablemente mayor; pero ¿era eso un motivo para buscar lo que mi vieja amiga Isadora Wing^[2] había llamado *polvo súbito*? Seguro que sí. Era eso o el éxtasis espiritual. Por lo visto, los creadores de zipless.com se habían apropiado de la expresión de Isadora sin pagarle ni un céntimo. La compañía que compró los derechos cinematográficos fue vendida a una compañía que tenía derechos editoriales, que a su vez fue vendida a una compañía que explotaba derechos digitales, que fue vendida a una compañía que explotaba expresiones conocidas. Así es la vida de los escritores, tan salvaje como la de los actores.

Isadora y yo somos amigas para siempre. Nos conocimos por una película que no llegó a hacerse. Incluso pasamos todas las resacas juntas. Y puedo llamarla para que me dé apoyo moral cada vez que la necesito. Ella es mi mejor amiga para siempre, mi *alter ego*. Ahora realmente la necesitaba.

Voy a ir a visitar a mis padres a su apartamento y me da miedo. Se han deteriorado muchísimo durante los últimos meses. Los dos se pasan el día en la cama, atendidos por sus cuidadores. Los dos llevan pañales (si hay suerte). Su apartamento huele a orina, a caca y a medicinas. El olor a caca es el peor. No es caca saludable, como la de los bebés. Es una cosa enferma. Su aroma fétido lo penetra todo:

las alfombras orientales, los cuadros, los biombos japoneses. Es imposible escapar de él. Llega hasta el salón.

Cuando entro, me doy cuenta, con gran alivio, de que mi madre tiene un buen día. Es la luchadora de siempre. Está tumbada en la cama y lleva un *negligé* de raso lila. Moviendo los dedos de los pies, con las uñas pintadas de amarillo, me espeta:

—¿Quién va a ser el próximo con el que te cases?

—Estoy casada con Asher —le digo—. Llevamos casados quince años. Ya lo sabes.

—¿Eres feliz? —me pregunta mi madre, mirándome fijamente a los ojos.

Considero durante un tiempo esa pregunta incontestable.

—Sí —le digo—. Soy feliz.

Mi madre me mira los anillos. El disco de oro *art nouveau*, el sello de cornalina traído de Grecia, la aguamarina perforada de estilo victoriano traída de Italia.

—Si te casaras otra vez, podrías conseguir más anillos —dice ella, y suelta una carcajada.

Mi madre ya hace tiempo que cumplió los noventa y su alegre demencia está tachonada de percepciones muy perspicaces. También es mucho más agradable de lo que era cuando yo era joven. Junto con las arrugas del cuello y la piel que le cuelga de los brazos y los juanetes en los pies, ha adquirido una dulzura salpicada de una sinceridad feroz. A veces piensa que soy su hermana o su madre. Los muertos y los vivos se confunden en su cabeza. Pero me mira con un amor infinito con el que ojalá yo hubiera podido contar cuando era joven. Toda mi vida habría sido distinta. Al menos eso es lo que creo. La verdad es que, cuando era joven, mi madre me aterrorizaba con frecuencia.

La gente no debería llegar a esas edades. A veces pienso que la senectud de mi madre me está quitando años de vida. Tengo que hacer un esfuerzo para mirarla. Tiene las mejillas cetrinas y llenas de millones de arrugas que se entrecruzan. Tiene los ojos acuosos y manchados de coágulos amorfos y grasientos. Tiene los pies nudosos y retorcidos y

las uñas gruesas, a capas, de un color mostaza irregular. El camisón se le abre todo el tiempo y se le ven unos pechos aplastados.

Pienso en todas las veces en que he estado en habitaciones de hospital con mi madre durante los últimos años. Rezo vehementemente para que no se muera. Pero ¿no estaré, en realidad, rezando por mí? ¿No estaré, en realidad, rezando para no ser la que queda delante del precipicio? ¿No estaré, en realidad, rezando para no tener que cavar su tumba y caerme dentro?

Cuando te haces mayor, es muy impactante que la gente cercana se muera. La edad de la gente que aparece en las necrológicas es cada vez más parecida a la tuya. Los amigos y los parientes más mayores se mueren, haciéndote sentir pasmada. Tus rivales se mueren, haciéndote sentir victoriosa. Los amantes y los profesores se mueren, haciéndote sentir perdida. Cada vez te es más difícil negar tu propia muerte. ¿Nos aferramos a nuestros padres o a nuestro estatus de niños inmunes a la muerte? Creo que tratamos de agarrarnos, con una desesperación creciente, a nuestro estatus de niños. En el hospital ves otros niños —niños de cincuenta años, de sesenta, de setenta— aferrándose a sus padres de ochenta, de noventa, de cien. ¿Acaso todo este aferrarse es amor? ¿O no es más que la necesidad de sentirnos tranquilos con respecto a la propia inmunidad ante las decisiones risueñas de Moloc, el temido Ángel de la Muerte? Porque todos creemos en secreto en nuestra propia inmortalidad. Como no podemos imaginarnos la pérdida de la conciencia individual, no somos capaces de imaginarnos la muerte. Yo pensaba que estaba buscando amor, pero lo que en realidad buscaba era la reencarnación. Quería revertir el tiempo y volver a ser joven (pero sabiendo todo lo que sé ahora).

—¿En qué estás pensando? —me pregunta mi madre.

—En nada —le digo.

—Estás pensando en que no quieres llegar a ser tan vieja como yo —dice—. Te conozco.

Mientras tanto, mi padre duerme. Es muy llamativo el poco espacio que ocupa su cuerpo agotado debajo de las mantas. Con el audífono apagado, no puede seguir nuestra conversación y tampoco quiere hacerlo. Prefiere pasarse el día durmiendo. Hace apenas seis meses, antes de que lo operaran de un cáncer, era un hombre distinto. Mis hermanas y yo solíamos comenzar el día con sus amenazantes misivas, a menudo escritas en verso.

¿Qué haces cuando tus días empiezan con tochos así, escritos de cualquier manera por tu padre de noventa y tres años?

*Tengo, como el rey Lear,
tres hijas, está a la vista.
Las tres guapas y queridas,
son a cada cual más lista.
Ya está en marcha la pendencia:
¿quién recibe más herencia?
Su afán es tan mercantil
que estresan la decadencia
de este rey Lear senil.*

Pero basta ya de poesía. En la parte inferior de la página ha garabateado con mano temblorosa: «Leedlo una y otra vez. ¡No quiero pencias!».

¿Cómo pasó nuestro padre de Brownsville a la tragedia shakespeariana?

He aquí su versión:

—Lo único que me dijo mi padre en toda su vida fue: «Búscate un empleo». Yo quería ir a Juilliard. Mi padre me dijo: «Ya estás ganando dinero tocando la batería. No te hace falta ir ahí». Tiró a la basura la carta de admisión. Por eso yo estaba tan convencido de que era importante que las tres hicierais una carrera.

Mi padre dijo eso en el estudio de mi madre, que daba al Hudson. Ella estaba en la cama como la reina Lear, asintiendo con la cabeza. (Por cierto, ¿hubo una reina Lear?)

Las hermanas Lear estaban sentadas en torno a la cama de su madre. Su madre acababa de sufrir una operación de estómago y estaba aprovechándola al máximo. De vez en cuando, gemía.

—Vuestra madre tiene la enfermedad de Crohn, un problema en la arteria coronaria, una vértebra fracturada en la base de la columna, dos prótesis en las caderas y dos en las rodillas. Yo no puedo seguir trabajando de «enfermero masculino» —la expresión patética que empleaba para referirse a su papel en la familia—. Si las tres no os presentáis aquí todos los días, en mi testamento va a haber algunos cambios.

—No te atrevas a amenazarme —dijo mi hermana mayor, Antonia—. Cuando vivíamos en Belfast, en la época más conflictiva —por supuesto, Antonia no pudo evitar casarse poéticamente con un irlandés—, y teníamos que poner el piano delante de la puerta para que no entraran los paramilitares, y salir a comprar el pan a primera hora de la mañana, antes de que empezaran los tiroteos, y tapar las ventanas con muebles para que tus nietos no resultaran heridos por la metralla, ¿tú dónde estabas? Eso era un auténtico holocausto y nadie salió en nuestra ayuda. ¡Nunca os lo perdonaré, a ninguno de vosotros!

La reina Lear revivió de repente.

—Pero ¿qué dices? ¡Te mandamos dinero!

—¡Nos mandasteis unos miserables veinticinco mil dólares! ¿Qué haces con veinticinco mil dólares si tienes cuatro niños y estás en medio de una guerra?

—Pues a mí nadie me ha mandado nunca veinticinco mil dólares —dijo Emilia, mi hermana menor.

—No, tu marido se quedó con todo el negocio. ¡Por eso no necesitabas veinticinco mil dólares! —chilló Toni.

—¡Es que tu marido no quería saber nada del negocio! ¡No lo quería nadie! ¡Nos lo encasquetaron a nosotros! ¡Vosotros dos estabais fuera, mariposeando por el mundo, y nosotros nos quedamos aquí, ocupándonos de toda la familia! Y de Bibliomanía, de la tienda también. ¡Cuando murió la abuela, yo estaba sola con ella! Papá y mamá se ha-